

LA DEMOCRACIA EN LA VIDA POLÍTICA ESPAÑOLA RECIENTE. ¿ANOMALÍA O TORMENTA PERFECTA?

Tomás Guillén Vera

INTRODUCCIÓN: LA DIFICULTAD DE ENTENDER EL PRESENTE

Hace unos pocos días, el 19 de junio, recibí un correo de Susana Ordóñez en el que me invitaba a reflexionar en la última sesión de Ciudad Sostenible de este curso “ante el delirio político nacional, regional y local”. La cuestión que me proponía era muy sugerente, porque su expresión reflejaba con claridad el devenir de la vida política en nuestro presente, en España y fuera de España. Parecía una cuestión clara, pero ahora, una vez aceptado el reto, no estoy seguro de estar a la altura de quienes perciben la realidad con tanta claridad, y de hacerlo sintéticamente, haciendo bueno el dicho conocido de Gracián (*El arte de la prudencia*, § 105), que dice: “No te canses abundando, agrada con ser breve. [...] Ya se ha dicho: lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y lo malo, si poco, no tan malo. Más obra lo sustancioso que lo farragoso”. Como es lógico, tomé esa cuestión como el leitmotiv de mi reflexión, en un sentido etimológico, como el motivo que sirve de guía (del alemán *leiten* y *Motiv*), y me planteé hacerlo tomándolo como hipótesis a validar o verificar, más que como punto de partida, para que no condicionara mi ejercicio reflexivo, puesto que la propuesta contiene en sí misma una carga valorativa, que condiciona la propia reflexión.

La segunda cuestión que me planteé se refería a la determinación o acotamiento del momento al que se refiere la propia expresión. Podía entender que, como la invitación me llegaba inmediatamente después de que los españoles hubiéramos votado dos veces en los meses de abril y mayo, el presente se referiría al tiempo que rodea dicha elecciones. Sin embargo, entendí, y entiendo, que mi reflexión no debía ceñirse a los resultados de dichas elecciones, sino a lo que hemos vivido antes, durante y después de ellas, que abre el espacio lo suficiente como para hablar de lo que podríamos denominar el presente político. Al mismo tiempo pensaba que no es difícil encontrar momentos en la historia de la humanidad que no hayan sido delirantes.

Enfrentarse al presente para tratar de entenderlo no es una aventura fácil de realizar. Conlleva un viaje cuyo horizonte se vislumbra oculto: de él sabemos que existe, que es complejo y, sin embargo, tenemos que imaginarlo, como si fuera invisible. Como sucede en el bosque, la vegetación que nos rodea y nos impresiona nos llega mediatizada, seleccionada -nuestros ojos ven, pero nosotros, nuestro cerebro, percibe-, se presenta como una barrera que impide contemplar el presente como totalidad, precisamente por la diversidad que lo compone y la cercanía de alguna de sus partes, por los vínculos y prejuicios de todo tipo, físicos, emocionales, ideológicos o culturales que arrastramos, incluso por los intereses que condicionan nuestra percepción. Además, la referencia al presente plantea un problema conceptual, por no decir semántico y filosófico.

La editorial Difácil acaba de publicar un poemario de Mauricio Herrero, titulado *Todos los tiempos*, cuyo primer poema, que puede tomarse como el índice de la obra, dice así: “Todos los tiempos caben en uno, / el de la ausencia y la despedida, el tiempo sin ti, el del olvido, / y sobre todo el tuyo, tu tiempo, el único soportable”. Es el tiempo de la duración de Bergson, en el que se pierde la multiplicidad numérica, incluso la más pura actualidad, y solamente queda la multiplicidad cualitativa que percibimos como una sucesión continua que relaciona y vincula el pasado con el presente, en la que cuanto hemos vivido conforma una melodía que llamamos conciencia.

Llegados aquí, no cabe sino expresar la dificultad que plantea la determinación del presente. Si “todos los tiempos caben en uno”, debo partir del tiempo como duración, el de mi conciencia; solamente desde él puedo acercarme al tiempo acotado como presente y, tomando la distancia necesaria y posible para poder percibir con cierta claridad aquello que está tan cerca que nos envuelve, poder estudiarlo y analizarlo, y, por qué no, imaginar el futuro. En esta *epojé*, en este distanciamiento metódico, no puedo poner entre paréntesis lo que sé que acontece o lo que conozco como acontecido sino que debería ponerme entre paréntesis a mí mismo, es decir, el marco conceptual o ideológico en el que me muevo; algo verdaderamente difícil. Así pues, procuraré colocarme en una mirada que tienda a la universalidad, pero perdonen, si no lo consigo.

APROXIMACIÓN A LA ACTUALIDAD POLÍTICA ESPAÑOLA

Para entender el presente que nos toca vivir, a la singularidad -el delirio- de la política española actual, permítanme que me remonte siquiera brevemente y de manera muy general un tiempo hacia atrás en la historia. Si observamos nuestro presente relativo, durante mucho tiempo España ha caminado entre la anomalía y la excepción. Los españoles hemos vivido dentro de Europa, pero haciéndolo en un marco político discrepante con y apartado del resto de nuestro entorno histórico y cultural; como si nuestra forma de vida hubiera sido defectuosa. Para no remitirnos muy atrás, mientras Europa se desarrollaba industrial, económica y socialmente los españoles estábamos enzarzados en guerras civiles como las carlistas (1833-1876), un tiempo en el que comenzaron a sembrarse ideológicamente los nacionalismos, sobre todo el vasco y el catalán, unos movimientos crecidos sobre un relato sesgado y manipulado de la historia, teñido de raíces racistas y xenófobas, y con una clara intención separatista o centrífuga. No hay más que acercarse a la obra de Sabino Arana, Enric Prat de la Riba o Pere Muntanyola. Mientras tanto, en Europa, la Alemania formada por una infinidad de Estados minúsculos se unificaba y, de la mano de Bismarck, se formaba el imperio alemán. Algo parecido sucedía en una Italia que, dividida en un buen número de Estados, la mayoría de ellos vinculados a las dinastías de los Habsburgo y los Borbones, se unía en un Estado de la mano de Garibaldi. Ya en los inicios del siglo XX, cuando España parecía que, de la mano de la II República, podía salir del atraso en el que estaba sumida, la enésima guerra civil y la dictadura franquista cortaron de raíz el proceso democrático y los avances de todo tipo que impulsaba la II República, unos avances que debían haber supuesto el acercamiento de España al resto de Europa, superando el lastre de una monarquía que tenía tintes medievales, que vivía para sí misma y estaba completamente alejada del

pueblo. Aunque con diferencias entre sí, las monarquías europeas, siguiendo el modelo inglés, se adaptaban al sistema democrático, convertidas en monarquías parlamentarias. Esto no impidió que nacieran en Europa dos guerras mundiales. Ahora bien, la guerra civil española de 1936 y la dictadura franquista sumieron a España en un pozo, que nos puso a la cola de los países europeos, con unas tasas de analfabetismo muy altas, pobreza, falta de desarrollo económico e industrial y una carencia de derechos sociales y políticos que alejó a España del rumbo que había tomado Europa y el mundo desarrollado tras la II Guerra Mundial.

Sin embargo, la España de comienzos del siglo XXI se parece poco al cuadro citado. Aun así, esta España que disfruta ahora de una democracia homologable a las democracias occidentales, es una de las potencias económicas de Europa y está presente en los foros más influyentes del mundo, vive sumida en unos procesos políticos, que la mantienen como una anomalía, como si fuera una desviación o tuviera un defecto de forma en su funcionamiento. Desde la Transición hasta las elecciones del año 2015, España ha tenido un parlamento que ha basculado entre dos fuerzas políticas, el PP y el PSOE. La llegada al parlamento español de Podemos, en 2015, nacido como consecuencia del Movimiento 15-M, y de Ciudadanos, un partido nacido en Cataluña como fuerza política enfrentada al independentismo, rompió el bipartidismo que caracterizaba la vida política española, y acabó con la hegemonía del PP en la derecha y el PSOE en la izquierda. La irrupción de Vox, este mismo año, en la vida municipal, autonómica y nacional ha venido a acercar algo más España a Europa, a la vez que, aunque parezca una paradoja, sigue siendo una anomalía: mientras que en los países europeos más desarrollados, el debate entre partidos, que no sean de extrema derecha, neonazis o neofascistas, es un debate abierto y mientras son capaces, como ha sucedido en Alemania, de hacer pactos de legislatura o de gobierno, en España, los partidos políticos se han dividido entre derecha e izquierda irreconciliables y, además, la derecha ha dado carta de naturaleza en las instituciones a un partido ultraderechista como Vox, algo que no sucede en Europa, donde por regla general se intenta neutralizar a los movimientos ultraderechistas.

Otro hecho, que demuestra la anomalía en la que vive la política española, se refiere a los pactos de Ciudadanos con el PP y de éste con Vox, que naturalizan a Vox y le dan poder, como hemos dicho, y a la línea roja, que los dirigentes de Ciudadanos denominan “cordón sanitario”, que han colocado como muro insalvable para negociar con el PSOE, el partido más votado en las elecciones generales, y en las autonómicas y locales, y por supuesto con Unidas Podemos o con otros partidos minoritarios. ¿Qué ha cambiado desde que en 2016 Rivera firmara con Pedro Sánchez un “Acuerdo para un gobierno reformista y de progreso”? Ese “cordón sanitario” ha impedido que el PSOE gobierne, por ejemplo, en Castilla y León y en otros lugares, a pesar de haber sido el partido más votado. Mientras que los ciudadanos hemos castigado la corrupción y, por consiguiente, al PP en el ámbito nacional, autonómico y local, que ha perdido 3,7 millones de votos en las últimas elecciones generales y ha sufrido una pérdida de votos extraordinaria en las autonómicas y municipales -un millón de votos, por ejemplo en

Madrid, y cien mil en Castilla y León, dos comunidades con un historial notable de denuncias por corrupción-, Ciudadanos ha decidido negociar con el PP, al que, cuando podía enviarlo a la oposición, le ha dado presidencias de comunidades autónomas, como por ejemplo las citadas de Madrid o Castilla y León, o diversas alcaldías. Los partidos políticos trabajan para ocupar la mayor cantidad posible de poder. Lo curioso es que no ha sido éste el caso de Ciudadanos, que en sus pactos con el PP se ha conformado con alguna alcaldía, alguna consejería y con algunas presidencias de Diputaciones Provinciales, unas instituciones cuya desaparición defendía hasta las elecciones municipales pasadas.

En Castilla y León existe un pacto de gobierno del PP y Ciudadanos, de quienes dirigen un partido inmerso en un sinnúmero de denuncias por corrupción, tras más de treinta años de gobierno, y quienes decían venir a regenerar la política. Para salvarse a sí mismos han creado una Consejería de Transparencia. Me lo decía hace unos días Juan Ángel Canal, un buen amigo y un gran intelectual: se esconden detrás de su propio dedo con la creencia de que si ellos no ven a los demás, porque su dedo les tapa la visión, serán invisibles para los demás. ¿Qué va transparentar esa consejería? Perdonen la comparación, pero este tipo de consejerías recuerdan ministerios como el de “información” de la dictadura franquista o el Ministerio de la Verdad de la novela *1984* de George Orwell, que servían para desfigurar la realidad, censurarla y reescribir la historia.

Ya en el ámbito nacional, va a resultarle muy difícil a Ciudadanos explicar sin caer en contradicciones flagrantes sus encuentros pasados con el PSOE y su hostilidad actual hacia él. Ciudadanos vive desde hace tiempo en una contradicción ideológica permanente: está atrapado entre el cordón sanitario que ha impuesto al PSOE y la necesidad de presentarse como un partido moderado y reformista. Además, ha caído en trampas difíciles de explicar: a estas alturas, por ejemplo, podría tener la alcaldía de Madrid, en la persona de Begoña Villacís, si hubiera pactado con el PSOE votar a Ángel Gabilondo como presidente de la comunidad autónoma.

Tras su caída en picado en las elecciones últimas, el PP necesitaba dos muletas, que ha encontrado en Vox y Ciudadanos. Con sus pactos, Vox refuerza el nacionalismo español del PP y su mirada nostálgica hacia el pasado, el franquismo, la mujer, o la restricción de derechos, además de alejarse de la sociedad; Ciudadanos, que se ha vendido como un partido de centro -¡en su día, se decía socialdemócrata!- y anti independentista, que venía a regenerar la política española, con su cordón sanitario se ha revelado como un partido intransigente y, con su pacto fácil, si no incondicional, con el PP y con Vox, se ha manifestado como un partido españolista, rígido, si no sectario, y con actitudes dudosamente democráticas; si queremos tener gobierno y no repetir las elecciones generales, ese mismo cordón sanitario obliga al PSOE a pactar con nacionalistas e independentistas, algo complicado, arriesgado y no recomendable. La repetición de las elecciones supondría una derrota para los españoles, que nos sentiríamos despreciados, mani-

pulados y, por ello, defraudados ante tanto tacticismo, si no irracionalidad, como el que existe en la política española. Las consultas constantes de los ciudadanos produce lo que Dahrendorf llamaba -y desaprobaba- el efecto del ciudadano total, que suele tener como efecto la saturación de la política y la apatía electoral. “Nada más peligroso para la democracia que el exceso de democracia”, decía Norberto Bobbio (*El futuro de la democracia*, F.C.E., México, 1986, p. 20).

La hemeroteca revela los disfraces con los que se adornan quienes ostentan poder. Sin salirnos de Castilla y León, Francisco Igea, presidente de Ciudadanos en Castilla y León, declaraba el 21 de junio pasado: “Estoy seguro de que muchos votantes de Ciudadanos se sienten decepcionados. No tengo ninguna duda, lo escucho en la calle. Pero tenemos un oficio que exige responsabilidad [...]”. Y añadía, refiriéndose a la imposición que le llegó desde la presidencia nacional de su partido, de pactar con el PP: “Han sido días duros. Si nos cortan, sangramos. Ciudadanos no es ni debe ser un partido de trincheras”. Cualquiera persona que lea esto, máxime sabiendo lo que ha sucedido después, se planteará muchas cuestiones, entre otras por lo que este dirigente político entiende por “responsabilidad”; si se refiere a la obediencia que debe a su partido o a la coherencia ético-política; por qué es más importante el partido o, si los tiene, los principios ético-políticos; si lo hará para reforzar las líneas rojas que le impiden negociar con ningún otro partido que no sea el PP y, si es necesario, aceptar los votos de Vox y los pactos de este partido con el PP, -y ya veremos si no acaban negociando con Vox. La posibilidad de ser nombrado consejero ha podido ser una buena razón para deglutir esos principios, si los tiene, pues no creo que sean suficientes las declaraciones del día 25 en las que recomendaba la abstención a Ciudadanos, aunque éstas podían significar su caída en desgracia ante la dirección de su partido. Ahora ya es consejero y parece feliz.

Decía John Milton (*Paraíso perdido*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005, p. 195): “[...] La hipocresía {es} la única maldad {que} marcha / Invisible, salvo sólo para Dios, / Por su anuencia, en los Cielos y la Tierra. / Y aunque vele la sabiduría, a menudo duerme la sospecha / A la puerta del saber cediendo su función / A la inocencia, mientras la bondad el mal no ve / Donde males no parecen [...]”

En este juego de anomalías, y de cinismo, el recién nombrado presidente de las Cortes de Castilla y León, asimismo de Ciudadanos, osaba decir, el propio 21 de junio, en su discurso de nombramiento como presidente de las Cortes: “Es tiempo de cambio. [...] Urgen medidas que frenen la sangría que nos aboca a vivir en una tierra vacía de sueños y oportunidades. {Y añadía} [...] Desde estas Cortes estamos obligados a ser protagonistas, a ser la fuerza del cambio que pasa por un cambio de políticas y actitudes”. Cualquiera que escuche estas frases seguramente pensará que personas como el señor Fuentes toman por tontos a los castellanos y leoneses. Porque, ¿qué cambio significa que Ciudadanos, su partido, y por consiguiente él con su voto haya refrendado en el poder al PP, con el hedor que desprende la corrupción del PP en Castilla y León, y en

España? ¿A qué sueños y oportunidades se refiere, cuando Castilla y León pierde de año en año población y, sobre todo, población joven, y los pueblos ya casi vacíos caminan hacia su desaparición; cuando el partido en el poder, y no sé si la oposición en su conjunto, no tiene un modelo territorial claro para la comunidad autónoma, y cuando el futuro nos obliga a mirar constantemente fuera de nuestro territorio? Esto ya no es anomalía sino delirio, una ensoñación: palabras para quedar bien, a sabiendas de que a éstas se las lleva el viento. Por si los adornos de la tarta eran pocos, la guinda la puso el propio día 21 el presidente de la Junta de Castilla y León, Alfonso Fernández Mañueco, cuando dijo: “Con líneas rojas y muros no se avanza”. ¿Se alineaba el señor Mañueco con el señor Rajoy, que proponía a Ciudadanos la abstención en el Congreso de Diputados? ¿Por qué no se lo recomienda a su jefe de filas, Pablo Casado, y hace posible un gobierno presidido por el PSOE? Se han producido hechos como la toma de posesión del presidente de la ciudad autónoma de Melilla, a cuyo acto no han asistido el presidente anterior, Juan José Imbroda, ni los miembros del PP, su partido, ni los de Vox. Todas estas anomalías podrían resumirse en aquel verso de Borges que dice: “Vencen los bárbaros, los gauchos vencen” (“Poema conjetural”, en: *Poesía completa*, Ed. Destino, Barcelona, 2009, p. 175). El problema no es que, en la pugna política venzan unos u otros, sino cómo lo hagan y las consecuencias que estos hechos pueden tener sobre los españoles y el sistema democrático. “¿Por qué en vez de tanto patriotismo no hacen algo por España?”, se preguntaba El Roto en *El País*, el 23 de junio pasado. Los males que aquejan a la sociedad (paro, precariedad, etcétera) y la democracia exigen un patriotismo que se echa en falta en buena parte de la clase política española.

Hablando de líneas rojas, Baltasar Gracián dice, en el Primor XV de *El héroe*, que, en la política, la rivalidad debería fundamentarse en el disenso bien llevado, es decir, en el debate entre contrincantes leales y no entre enemigos irreconciliables. Esta concepción borraría cualquier línea roja, cualquier barrera que impidiera el debate, la negociación y el posible pacto. La Transición es un ejemplo de lo que decía Gracián.

¿TORMENTA PERFECTA?

En 1991, los meteorólogos hablaron de *tormenta perfecta*. Sucedió cuando una borrasca extratropical procedente del Atlántico absorbió a un ciclón tropical. Se trataba de dos masas de aire, fría y caliente respectivamente, cuyo contraste produjo tormentas tan fuertes que provocaron el hundimiento del pesquero “Andrea Gail”. Este suceso sirvió de base de una novela (Sebastian Junger) y una película (Wolfgang Petersen), ambas tituladas *La tormenta perfecta*.

Como hemos visto, en el panorama político español nacional, autonómico y local, no han confluído dos masas de aire frío y caliente, sino algo más complejo: un conjunto de factores de distinto orden que auguran una tormenta perfecta, y cuyo resultado puede ser la repetición de elecciones. Los factores fundamentales de esta tormenta política son: los populismos, los nacionalismos independentistas asimismo populistas, las

líneas rojas o los llamados “cordones sanitarios”, los personalismos de los líderes de los partidos políticos, el juego de estrategias del PSOE y la oposición, el apoyo recibido por la ultraderecha que le da poder dentro de las instituciones, la diferenciación hecha por algunos partidos respecto de la calidad de los votos de algunas formaciones políticas (por ejemplo, los de EH-Bildu), el olvido de los problemas de España y de los españoles ante los planteamientos ideológicos y estratégicos de casi todos los partidos, que los conduce a pretender ocupar poder más que a responder a las necesidades de la sociedad, la incapacidad de algunos líderes políticos para interpretar los resultados electorales y obrar en consecuencia y con sentido de la responsabilidad.

La repetición de las elecciones generales sería el naufragio de la política, la consecuencia de una tormenta perfecta, que afectaría a la línea de flotación de la democracia: el respeto y el valor de las decisiones del “pueblo” expresadas en las elecciones libres. Más allá de la teoría, los planteamientos que se han escuchado desde las elecciones pasadas debilitan el sistema democrático, porque la democracia, en particular en manos de algunos líderes, ha perdido su significado etimológico como gobierno del pueblo o, como la definió Abraham Lincoln (Gettysburg, 19 de noviembre de 1863), “[...] gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo [...]”. Las barreras o los cordones sanitarios y las condiciones insalvables conducen al frentismo entre la izquierda y la derecha tradicionales o, para ser un poco más precisos, entre los partidos de inspiración liberal y los demás, unos planteamientos que parecen seguir los dictados de Hayek, que defiende que la democracia debe estar al servicio del mercado, porque es el mercado, y no la democracia, el que nos hace libres. Mientras tanto, como sostiene Todorov (*Los enemigos íntimos de la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2ª ed. 2012, p. 186), “la democracia está enferma de desmesura, la libertad pasa a ser tiranía, el pueblo se transforma en masa manipulable, y el deseo de defender el progreso se convierte en espíritu de cruzada. La economía, el Estado y el derecho dejan de ser los medios para el desarrollo de todos y forman parte ahora de un proceso de deshumanización. Hay días en que este proceso me parece irreversible”.

LA DEMOCRACIA EN LA ENCRUCIJADA DE NUESTROS DÍAS

Lo planteado hasta aquí ejemplifica a grandes rasgos los riesgos por los que pasa la democracia española. Podíamos haber mirado hacia Europa, EE.UU, Venezuela, Nicaragua, Brasil, Italia, Polonia o Hungría y nos habríamos encontrado ante una encrucijada semejante: preguntándonos por el significado de democracia y por lo que debería suponer vivir en un régimen democrático; por la responsabilidad de los partidos y de sus dirigentes, y por la de los ciudadanos; por la frontera entre democracia y dictablanda; por el futuro de la democracia y, para no continuar con más cuestiones, por los medios que tenemos para mejorar la democracia en general y la española en particular.

Hasta aquí hemos mirado hacia la acción política, propiamente hablando, pero nuestro presente y la democracia como sistema no se ven condicionados únicamente por los gestos ni por la acción política. Vivimos tiempos en los que el sistema económico, la

ciencia y la tecnología avanzan a pasos de gigante y se imponen al control de los ciudadanos y al de los gobiernos. Además de esto, existen organizaciones mundiales de carácter más o menos privado que, desde la sombra del sistema democrático y a sus espaldas, debaten y deciden prácticamente a hurtadillas e imponen un modelo de vida, de persona, de ciudadano y de sociedad del que es imposible zafarse. Son organizaciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la O.C.D.E., el G-20, el G-7 y el Foro de Davos, unas organizaciones de difícil encaje democrático, oscuras en su funcionamiento, de las que se conoce una parte mínima, como sucede con los icebergs.

Y, por si este panorama no fuera complicado, la globalización, los medios de comunicación y las redes sociales, la ciencia y la tecnología complican todavía más el panorama mundial y el sistema democrático, y lo ponen en riesgo. El impacto de las tecnologías nuevas es tan profundo y negativo que nos modelan: la neurociencia ha confirmado que, desde el uso generalizado de las tecnologías digitales, el cerebro humano es más propenso a la dispersión y soporta cada vez menos la demora en la respuesta, de manera que la no recepción inmediata de respuesta provoca desinterés e incluso rechazo. Esto tiene consecuencias en todos los ámbitos. Por ejemplo: en la música popular, las canciones han pasado de durar por término medio 4 minutos el año 2000, a 3m 30s en 2018. Incluso triunfan canciones que sobrepasan por poco los 2 minutos. Este hecho se explica porque el algoritmo que dirige los servicios de *streaming* de Spotify, Apple Music o Tidal favorece las canciones cortas, lo que hace que los músicos se ajusten a esa duración y que canciones largas como *Hey Jude* (7m 05s, de los Beatles) o *Like a Rolling Stone* (6m 10s, de Bob Dylan) sean consideradas ahora mismo una rareza. La miniaturización de la música ha llegado también al cine: los 212 minutos de *Ben-Hur* (1959) son ahora inconcebibles. *The artist*, Oscar a la mejor película en 2011, dura 110 minutos, y las series de televisión son más cortas.

Los investigadores tienen muy claro que la “transformación digital” trae consigo un modelo económico y social con claras repercusiones políticas, “en el que el principal activo ya no son tanto el ser humano, la máquina, las instalaciones, sino el saber, el saber hacer, el aprender compartiendo y hacer evolucionar el conocimiento mismo, tanto como medio para sustentar los negocios, como aquello que constituye el propio objeto de los negocios. El conocimiento se convierte en una de las mayores ventajas competitivas con la que podemos contar” (Jesús Briones Delgado, “Humanización de la era digital. I. Un cambio de paradigma sin precedentes”. Revista *Turia*, nº 128, p. 186)

Dice Jürgen Habermas que “el presente auténtico es [...] el lugar donde tropiezan la continuidad de la tradición y la innovación” (*Ensayos políticos*, Ediciones Península, Barcelona, 1987, p. 113). Me imagino que los ciudadanos hemos vivido siempre como “presente auténtico” y complejo el que nos ha tocado vivir. Pero seguramente el nuestro, y no porque vivamos inmersos en él, es singular porque en ningún momento de la historia de la humanidad las personas y la sociedad hemos sufrido cambios tan drásticos, tan rápidos y en tan poco tiempo como los soportados por nosotros: en pocas décadas hemos pasado de vivir prácticamente en la Edad Media a elevarnos sobre ella a tra-

vés de cambios políticos, económicos, religiosos, ideológicos, científicos y tecnológicos, culturales en definitiva, que han cambiado radicalmente nuestra manera de vivir y nuestra concepción de la vida y de la realidad. Hemos pasado del arado romano y de la siega con la hoz a escribir con la voz en cualquier medio digital, a la Alta Velocidad o a mirar el firmamento como espacio propio, incluso como alternativa a la tierra; de hablar de la inteligencia como patrimonio humano a la Inteligencia Artificial. Asimismo hemos pasado de considerarnos ciudadanos sumisos, temerosos del poder de las iglesias y del poder político, concebido como don divino, a considerarnos ciudadanos, agentes y responsables de nuestra propia vida y, a través de ella, de la de los demás; de vivir la vida pensando en el destino, a vivirla como sus protagonistas; de luchar por la libertad y las libertades al control omnímodo, soterrado, silencioso y oscuro de nuestras vidas a través de la tecnología.

En este marco, la democracia se enfrenta en nuestros días a un mundo complejo, muy diferente al del pasado citado, que exige su replanteamiento; una cuestión ausente de los planteamientos de los discursos políticos. Para esto no nos sirven las recetas del pasado. Además, conceptos como división de poderes, Estado de derecho o voto libre y secreto exigen ser repensados, no para suprimirlos o cambiarlos sino para garantizarlos realmente, para que los enemigos de la democracia, desde los populismos hasta quienes utilizan las tecnologías disponibles no consigan frenar su desarrollo, ni logren deteriorarla, vencerla y suprimirla. El devenir de la política española en el presente histórico y el de la democracia en el mundo exigen una reformulación profunda. Nuestra sociedad ha ensanchado sus fronteras y es mucho más compleja que cuando se repensó la democracia en la Modernidad. Son imprescindibles las aportaciones que se han hecho históricamente, pero es preciso repensarlas ahora que la tecnología ha puesto en nuestras manos y en las de los poderosos tantos recursos para cualquier cosa, sobre todo para controlar todo desde la sombra, a través de unas alcantarillas de poder prácticamente infinitas. Se echa en falta líderes y partidos políticos que se muevan en lo que Habermas llama el “espacio de las razones” -en el que Habermas coloca “las prácticas comunicativas cotidianas”-, que contemplen el mundo y la vida en su complejidad, y ofrezcan a la sociedad un proyecto ambicioso y posible, que permita considerar el futuro con realismo y esperanza.

AMENAZAS QUE SUFRE LA DEMOCRACIA

Desde Churchill, todos hemos oído mil veces que la democracia es el menos malo de los sistemas de gobierno posibles. Lo es precisamente porque, como él mismo dijo, necesitamos inclinarnos de vez en cuando ante las opiniones de los demás, algo que exige, por tanto, reflexión y dejar al lado la emocionalidad, y porque, al menos en teoría, en la democracia, las importantes son las personas y no los partidos, los liderazgos, las ideas o la economía, y lo son simplemente por ser personas y no por ser útiles, capaces, inteligentes, emprendedoras o por cualquier otra circunstancia. Precisamente por esto son soberanas. En esta piedra angular de la democracia radica su fortaleza y, al

mismo tiempo, su propia debilidad. De manera breve, podemos decir que la fortaleza y la debilidad de la democracia dependen, en principio, de la fortaleza de sus instituciones, de la fortaleza de la propia ciudadanía y aquella depende de diferentes factores, entre los que están: la formación intelectual y cultural de los ciudadanos, la solidez de sus convicciones ideológicas y de sus principios morales, la capacidad de empatía y de interacción con los demás, la solidez de las formaciones políticas y sociales, y de sus liderazgos, la configuración del sistema educativo y su estabilidad, el desarrollo económico y el reparto de la riqueza o la libertad de prensa o de los medios de comunicación. Son muchos factores que individualmente y en su conjunto fortalecen o debilitan la democracia.

Ahora bien, dejando al margen las instituciones, la fortaleza de los ciudadanos se forma, crece, se mantiene y se degrada conforme actúan ciertos agentes, como son: el sistema educativo, los medios de comunicación y las redes sociales, los intelectuales y los artistas y, dentro del ámbito intelectual, la universidad, así como el devenir de las instituciones democráticas y el liderazgo de los líderes políticos y de los partidos y las organizaciones sociales. Cuanto acontece en la sociedad es político y tiene trascendencia política. La corrupción, sea entre particulares o entre particulares o empresas y políticos e instituciones, la manipulación informativa y en los espacios de opinión, sea en las redes sociales o en la prensa, una enseñanza sesgada, parcial o tendenciosa, los populismos, el ejercicio personalista del poder y las políticas que inspiran parcialidad o que abiertamente favorecen a unos y perjudican a otros producen desafección entre los ciudadanos; esta actitud, la desafección, conduce al rechazo de la política, a la abstención y a la búsqueda de partidos que se presentan como salvapatrias o a manifestaciones más o menos espontáneas muy difíciles de gestionar políticamente, una actitud y una situación que erosionan la democracia. Ahí están como ejemplo los chalecos amarillos en Francia. Un ambiente político semejante ha sido el caldo de cultivo para la emergencia de partidos de ultraderecha, si es que no son neofascistas, en la práctica totalidad de la Unión Europea, también en España, y de partidos políticos populistas. Lo que sucede en España, en este sentido, no está lejos de lo que acontece en Europa; lo extraño era que la ultraderecha y los populismos no hubieran emergido antes. A España la singulariza la existencia de nacionalismos y, específicamente, el independentismo, un hecho que supone un riesgo muy serio para la unidad de España, la estabilidad y el futuro de la Unión Europea y del sistema democrático. De hecho, hay intelectuales que sostienen que lo sucedido en Cataluña durante el otoño de 2017 fue una situación de preguerra civil.

Si los ciudadanos y, sobre todo, los líderes políticos, las organizaciones sociales y las instituciones fuéramos conscientes de todo esto, pensaríamos más lo que hacemos y decidimos, actuaríamos con más cautela y, sobre todo, pondríamos los intereses nacionales por encima de cualquier otro interés, de partido o personal. Sin embargo, no está tan claro que esto sea así. No hay más que pensar en las charlas de café, en las tertulias y en los liderazgos sociales y políticos. Fijándonos en los liderazgos nacionales, los liderazgos de los partidos políticos no se caracterizan precisamente por su mirada

larga, sino más bien por el cortoplacismo, por la búsqueda de su beneficio político más que por el de la sociedad a la que sirven; ni siquiera se percibe que algunos líderes consideren la política como una carrera de fondo que, para que sea eficaz, debe caracterizarse por la honestidad, la credibilidad que da la coherencia ideológica y de la acción, su compromiso social, la consistencia de sus actuaciones, así como por saber escuchar y por la capacidad para el diálogo. Los líderes deben tener autoridad, pero ésta no es suficiente ni se justifica por sí misma. Algunos liderazgos parecen líquidos. Por ejemplo: ¿cómo va a superar el señor Rivera al PP del señor Casado yendo de su mano y de la de Vox? Cabría decir de Albert Rivera, y también al menos del señor Iglesias y de Pedro Sánchez, aquello que dijo Borges en un poema titulado “Le regret d’Héraclite” (*Poesía completa*, ed. cit., p. 159): “Yo que tantos hombres he sido [...]”.

La política ha tenido siempre algo de espectáculo, pero no es un teatro en el que se representen ficciones o alegorías. La política conlleva nada menos la gestión de la vida de los ciudadanos y de la sociedad.

Para ir acabando, permítanme que, ante tanto liberal que coloca la estrategia o a su persona por encima de las necesidades de España, cite a John Stuart Mill, que en sus *Principios de economía política* (FCE, México, 2ª ed. revisada, 1951, p. 641), aunque aplicado al ámbito económico, decía: “*Confieso que no me seduce el ideal de vida que defienden aquellos que piensan que el estado normal de los seres humanos es luchar por estar delante; y que el pisotear, el empujar, el abrirse camino a codazos y el pisarse los talones, que constituyen el tipo actual de vida social, sean el destino más deseable para el género humano [...].*”

Y para acabar, permítanme proponer como consejo el contenido de un poema de Gonzalo Rojas titulado “el espejo” (*Poesía esencial*, Ed. Andrés Bello, Barcelona, 2002, p. 293):

“Sólo se aprende aprende aprende
de los propios errores”.

Valladolid, 3 de julio de 2019.